

algo más de su autoanálisis en lo que atañe a la motivación del suicidio, que es una obsesión temática y un proyectil filosófico de primera magnitud en su obra.

Precozmente, la hermandad de la muerte y la compañía del proyecto suicida se muestran en su correspondencia. De 1925 (Pavese había nacido en 1908) datan estos versos:

Me aterroriza el pensamiento de que yo también
Deberé algún día dejar esta tierra
Donde hasta los dolores me son queridos
Ya que intento llevarlos al arte.

En carta a Mario Sturani (9.1.1927), poco después de que un compañero de escuela, Elico Baraldi, se hubiera suicidado quizá por una contrariedad sentimental, incluye estos otros versos:

...y los temores me habrán abandonado
y me lo apoyaré en una sien
para volarme los sesos.

A Tullio Pinelli le escribe el 12.6.1927: «En el fondo de todas mis exaltaciones, la suprema exaltación es el pensamiento del suicidio ¡Oh, un día tendré, sí, el coraje!».

Muy pavesianamente, su escritura dialoga con este proyecto temprano, que inicia una parábola sostenida hasta el final. No falta algún rechazo (diario del 24.4.1936): «... gente como nosotros, enamorada de la vida, de lo imprevisto, del placer de ‘contarla’, no puede llegar al suicidio sino por imprudencia. Por otra parte, el suicidio aparece como uno de esos heroísmos míticos, una de esas fabulosas afirmaciones de la dignidad del hombre ante el destino...».

Las más frecuentes menciones apuntan a lo que podemos denominar suicidio histérico, declarado pero sin efectuarse. «P. Actúa en serio, recita en serio y se produce como un actor de la vieja escuela». (*Análisis de P.* citado). Se lo advierte bloqueado por la escritura: narrarlo es evitarlo y, finalmente, postergarlo. En 1935, confinado en Brancalione, consigue una cuerda para ahorcarse. En enero de 1938 intenta ultimarse por medio del gas. Algún otro intento es referido con menores detalles. Abundan las promesas suicidas, suerte de advertencias a los amigos en lo que hace a «ser su destino». A Enzo Monferini le dice en enero de 1938: «... vivo con la mentalidad del suicida, cosa mucho peor que el suicidio consumado, que es

apenas una operación higiénica». En el diario del 10.4.1936 se lee: «... mi principio es el suicidio, nunca consumado, que jamás consumaré, pero que acaricia mi sensibilidad...». Y el 24 del mismo mes anota: «El autodestructor no puede soportar la soledad (...). Entonces sufre sin remedio y podría llegar a suicidarse». Y, por fin, el 6.11.1937: «El mayor error del suicida no es matarse sino pensarlo y no hacerlo».

A partir de estas declaraciones, mayormente privadas o solitarias, se despliega el problema filosófico del suicidio, que trasciende el caso individual, la explicación psicológica y la parábola vital/mortal de Pavese, para ingresar en ese espacio donde pide ser considerado como el asunto intelectual por excelencia, arraigado en una tradición romántica que va de Novalis a Cioran, pasando por Camus. Lo dice Dionisos en *Diálogos con Leucó*, a propósito de los seres humanos: «Dado que son mortales, dan un sentido a la vida, matándose». Para Pavese, todos estábamos muertos antes de nacer. Nacemos sin decidirlo a una vida mortal que no elegimos. La respuesta de la libertad a estas imposiciones de la existencia, es el suicidio. Añado: hay otra respuesta y es la escritura, inmortal por definición. La añado porque también es una respuesta pavesiana. En todo caso, el suicidio se ve como un deber moral: debes apropiarte de tu muerte, ser tu destino y no meramente soportarlo. Es «el suicidio optimista» (diario del 24.4.1936), no dejarse morir naturalmente, con la esperanza de tener tiempo para hacer algo valioso: morir por una razón, dar sentido racional a la muerte y, como resultado, a la vida que la precede. «... querer matarse es desear que la propia muerte tenga un significado, sea una *suprema* elección, un acto inconfundible» (diario del 8.1.1938).

La trágica conciliación de estas tensiones es el suicidio efectivo, ese acto ambicioso que se concreta sólo cuando se ha superado toda ambición (cf. diario del 16.1.1938). Es un «homicida tímido» (diario del 17.8.1950, diez días antes del final), que se mata cuando ha llegado a la fama, al mejor momento social en su carrera literaria y que, en un acto de supremo señorío, renuncia a envejecer y declara: sé que nada me queda por desear. Es lo que un filósofo existencial llamaría la muerte en el alma, el sobrevivir biológicamente al último deseo, que se convierte en el deseo de acabar del todo.

Como se ve, la historia de Pavese –y por esto importa más que ella misma– excede el caso individual. Atribuir su decisión suicida a un problema sexual es menguada explicación. Desde luego, podemos ir al origen, oscuro como todo origen. Cabe pensar que imaginarse muerto antes de nacer es definir a un hijo no querido, en cuyo supuesto la falta sería la ausencia del deseo parental. Su imagen de la madre es, cuando menos,